

Siempre nos quedará el verano

Bestseller

Jenny Han

Siempre nos quedará el verano
Trilogía El verano en que me enamoré 3

Traducción de Marta Becerril Albornà



Capítulo uno

Cuando llega la semana de los exámenes finales y llevas estudiando cinco horas seguidas, necesitas tres cosas para superar la noche: tomarte el granizado de cola de cereza más grande que puedas encontrar; ponerte esos pantalones de pijama lavados tantas veces que han quedado finos como un pañuelo de papel, y, por último, hacer pausas para bailar. Montones de pausas para bailar. Cuando se te empiezan a cerrar los ojos y sólo puedes pensar en irte a la cama, haz una pausa para bailar y conseguirás seguir adelante.

Eran las cuatro de la madrugada y estaba estudiando para mi último examen final de primer curso en la Universidad de Finch. Había acampado en la biblioteca de mi residencia con mi nueva mejor amiga, Anika Johnson, y mi vieja mejor amiga, Taylor Jewel. Las vacaciones de verano estaban tan cerca que casi podía saborearlas. Sólo cinco días más. Llevaba contando los días desde el mes de abril.

—¡Pregunta! —ordenó Taylor con voz ronca.

Abrí la libreta por una página al azar

—Define y compara *Anima* y *Animus*.

Taylor se mordisqueó el labio inferior.

—Dame una pista.

—Mmm... Piensa en latín —sugerí.

—¡No he estudiado latín! ¿Habrá preguntas de latín en el examen?

—No, sólo intentaba darte una pista. Porque en latín, los nombres de chico terminan en *-us* y los de chica en *-a*, y *Anima* es el arquetipo femenino y *Animus* el arquetipo masculino. ¿Lo pillas?

Soltó un gran suspiro.

—No. Voy a suspender.

Levantando la vista de sus apuntes, Anika comentó:

—Quizá si dejases de enviar mensajes con el móvil y empezases a estudiar, no suspenderías.

Taylor la fulminó con la mirada.

—Estoy ayudando a mi hermana mayor a planear nuestro *brunch* de fin de curso, por eso esta noche tengo que estar de guardia.

—¿De guardia? —Anika parecía divertida—. ¿Como los médicos?

—Sí, exactamente igual que un médico —espetó Taylor.

—Y bien, ¿qué serán, tortitas o gofres?

—Torrijas, si tanto te interesa.

Estábamos en la clase de psicología de primero y Taylor y yo nos examinaríamos al día siguiente, mientras que Anika lo haría un día más tarde. Anika era mi mejor amiga en la facultad, aparte de Taylor. Sabiendo lo competitiva que era Taylor por naturaleza, estaba más que celosa de nuestra amistad, aunque no lo admitiría ni en un millón de años.

Mi amistad con Anika era distinta de la que tenía con Taylor. Anika era tranquila y relajada y era fácil estar con ella. No te juzgaba. Más que nada, te dejaba espacio para ser diferente. No me conocía de toda la vida, así que no tenía expectativas ni ideas preconcebidas sobre mí. Eso me daba libertad. Y no se parecía a ninguna de mis amigas anteriores. Era de Nueva York, su padre era músico de jazz y su madre, escritora.

Un par de horas más tarde, el sol empezó a inundar la habitación de una luz azulada. A Taylor le colgaba la cabeza entre los hombros, mientras que Anika tenía la mirada perdida como un zombi.

Arrugué dos bolitas de papel y las arrojé a mis dos amigas.

—Pausa de baile —voceé a la vez que presionaba el *play* en mi ordenador y me removía en la silla.

Anika me lanzó una mirada asesina.

—¿Por qué estás tan contenta?

—Porque en sólo unas horas todo habrá acabado —respondí dando una palmada.

No tenía el examen hasta la una y mi plan consistía en volver a mi habitación, dormir un par de horas y levantarme con tiempo de sobra para estudiar un poco más.

Me quedé dormida, pero incluso así me las arreglé para estudiar una hora más. No tuve tiempo de ir al comedor a desayunar, así que sólo bebí una cola de la máquina expendedora.

El examen fue tan difícil como cabía esperar, pero estaba bastante segura de que al menos conseguiría un nota-

ble. Taylor también creía que no suspendería, menos mal. Las dos estábamos demasiado cansadas para celebrarlo, así que chocamos los cinco y nos fuimos cada una por su lado.

Volví a mi habitación dispuesta a perder el conocimiento al menos hasta la hora de la cena, y cuando abrí la puerta, ahí estaba Jeremiah, dormido en mi cama. Cuando dormía parecía un niño pequeño, incluso aunque llevara barba de tres días. Estaba tendido sobre mi colcha, con los pies colgando por el borde y mi oso polar de peluche abrazado contra el pecho.

Me quité los zapatos y me arrastré hasta él. Se movió, abrió los ojos y dijo:

—Hola.

—Hola —respondí.

—¿Cómo ha ido?

—Bastante bien.

—Genial.

Soltó a *Junior Mint* y me abrazó.

—Te he traído la mitad de mi bocadillo del almuerzo.

—Eres un sol —respondí, escondiendo la cara en su pecho.

Me besó el pelo.

—No permitiré que mi chica se salte las comidas a lo loco.

—Sólo el desayuno —aduje, y después de pensarlo un momento, añadió—: Y la comida.

—¿Quieres comértelo ahora? Está en mi mochila.

Lo consideré; estaba hambrienta, pero también cansada.

—Quizá más tarde —contesté cerrando los ojos.

Entonces se volvió a dormir y yo con él. Al despertar,

había oscurecido, *Junior Mint* estaba en el suelo y Jeremiah me había rodeado con los brazos. Él aún dormía.

Habíamos empezado a salir justo antes del inicio de mi último año de instituto, aunque «salir» no parecía la palabra más adecuada. Simplemente habíamos acabado juntos. Sucedió tan de prisa y con tanta facilidad que me parecía que siempre había sido así. Un momento éramos amigos, al siguiente nos estábamos besando y antes de darme cuenta ya me estaba matriculando en la misma universidad que él. Me convencí a mí misma y a todos los demás (él incluido y especialmente mi madre) de que se trataba de una buena universidad, que encima estaba a pocas horas de distancia de casa. Todo era cierto. Pero la verdad era que deseaba estar junto a él. Quería tenerlo conmigo todas las estaciones, no solamente durante el verano.

Y aquí estábamos, tumbados uno al lado del otro en mi habitación de la residencia. Él era un estudiante de segundo año y yo estaba terminando el primer curso. Era de locos pensar lo lejos que habíamos llegado. Nos conocíamos de toda la vida y, por un lado, todo aquello me parecía sorprendente, aunque por otro, también lo sentía como algo que siempre supe que sucedería.

Capítulo dos

La hermandad de Jeremiah había organizado una fiesta de fin de curso. En menos de una semana volveríamos a casa para disfrutar de las vacaciones y no regresaríamos a Finch hasta finales de agosto. El verano siempre había sido mi estación favorita, pero ahora que por fin volvía a casa la sensación era agri dulce. Me había acostumbrado a ver a Jeremiah cada mañana en el comedor para desayunar y a hacer la colada con él en la casa de la hermandad por la noche. Se le daba bien doblar mis camisetas.

Ese verano volvería a pasarlo haciendo prácticas en la empresa de su padre y yo iba a trabajar de camarera en un restaurante familiar llamado Behrs, igual que el verano anterior. El plan era encontrarnos en la casa de Cousins tan a menudo como fuese posible. El verano anterior no lo habíamos conseguido ni una sola vez, los dos habíamos estado demasiado ocupados con nuestros respectivos trabajos. Yo había aceptado todos los turnos que me ofrecieron para ahorrar para la universidad y sentí un vacío en mi interior al saber que pasaría mi primer verano lejos de Cousins.

Aparecieron algunas luciérnagas. Empezaba a oscurecer y no hacía demasiado calor. Llevaba zapatos de tacón, lo que resultó ser una mala idea, dado que en un gesto impulsivo de última hora había decidido andar en vez de tomar el autobús. Supuse que sería la última vez en una buena temporada que cruzaría el campus en una noche tan bonita.

Había invitado a Anika y a nuestra amiga Shay a acompañarme, pero Anika tenía una fiesta con su grupo de danza y Shay ya había terminado los exámenes y se había marchado volando a casa, a Texas. La hermandad de Taylor celebraba un cóctel, así que ella tampoco iba a venir. Sólo quedábamos mis doloridos pies y yo.

Le envié un mensaje a Jeremiah para decirle que estaba de camino y que iba a pie, de modo que llegaría un poco tarde. Tenía que detenerme a menudo para ponerme bien los zapatos, que no paraban de clavármese en los talones. Definitivamente, los tacones eran una estupidez.

A mitad de camino me lo encontré sentado en mi banco preferido. Al verme se puso de pie.

—¡Sorpresa!

—No hacía falta que vinieses a buscarme —dije yo, feliz de que lo hubiese hecho. Me senté en el banco.

—Estás guapísima.

Incluso ahora, después de dos años juntos, todavía me sonrojaba un poco cuando decía cosas así.

—Gracias —le contesté. Llevaba un vestido de tirantes que me había prestado Anika. Era blanco, con diminutas flores azules y volantes.

—Me recuerda a *Sonrisas y lágrimas*, pero en plan sexy.

—Gracias —repetí. ¿El vestido hacía que me pareciese

a *Fräulein* María? No sonaba muy bien. Alisé un poco los volantes del vestido.

Un par de chicos a los que no conocía se detuvieron para saludar a Jeremiah, pero yo me quedé en el banco descansando los pies.

Cuando se marcharon, me preguntó:

—¿Lista?

Solté un gruñido.

—Mis pies me están matando. Los zapatos de tacón son una estupidez.

Jeremiah se agachó y dijo:

—Súbete, nena.

Riendo como una boba, me subí a su espalda. Siempre reía cuando me llamaba «nena». No podía evitarlo, Jeremiah era muy gracioso.

Me levantó y le rodeé el cuello con los brazos.

—¿El lunes viene tu padre? —me preguntó mientras cruzábamos el césped.

—Sí. Nos ayudarás, ¿no?

—¡Anda ya! Además de remolcarte por medio campus, ¿también tengo que ayudarte con la mudanza?

Le di una palmada en la cabeza que consiguió eludir.

—Vale, vale —concedió.

Le hice una pedorreta en el cuello y soltó un aullido de niño pequeño. No dejé de reírme en todo el trayecto.

Capítulo tres

Cuando llegamos a la sede de la hermandad de Jeremiah, las puertas estaban abiertas de par en par y había mucha gente en el césped de la entrada. De todas partes colgaban farolillos de colores. Tres piscinas infantiles hinchables se habían instalado a modo de jacuzzi. Los chicos se perseguían unos a otros con pistolas de agua llenas de cerveza. Algunas de las chicas iban en biquini.

Bajé de un salto de la espalda de Jeremiah y me quité los zapatos.

—Los novatos han hecho un buen trabajo —comentó Jeremiah, mirando satisfecho en dirección a las piscinas hinchables—. ¿Llevas bañador?

Negué con la cabeza.

—¿Quieres que pregunte a las chicas si tienen uno de sobra? —sugirió.

—No, gracias —respondí apresuradamente.

Conocía a algunos de los miembros de la hermandad de Jeremiah porque pasaba bastante tiempo con él, pero no a las chicas. La mayoría eran de Zeta Pi, la hermandad femenina

hermanada con la de Jeremiah. Eso significaba que celebraban juntos cócteles, fiestas y ese tipo de cosas. Jeremiah había querido que me presentase a las pruebas de acceso a Zeta Pi, pero me negué. Le dije que no podía permitirme las cuotas y el coste extra de vivir en una hermandad, pero en realidad era porque deseaba relacionarme con todo tipo de chicas, no sólo las que pertenecían a la misma hermandad. Quería una «experiencia universitaria más amplia», como siempre decía mi madre. Según Taylor, Zeta Pi era para fiesteras y putillas, al contrario que la suya, que en teoría era más exclusiva y tenía más clase. Y además estaba mucho más volcada en temas de trabajo comunitario, según ella.

No paraban de venir chicas a decir hola y a abrazar a Jeremiah. A mí también me saludaban y yo les devolvía el saludo. Subí arriba a dejar mi bolso en su habitación. Mientras bajaba la escalera de regreso, la vi.

Lacie Barone, enfundada en unos vaqueros ajustados, una blusa de tirantes de seda y unos tacones de marca de cuero rojo que como mucho conseguían que llegase al metro sesenta de altura, estaba hablando con Jeremiah. Lacie era la relaciones públicas de Zeta Pi y estaba en tercero, así que era un año mayor que Jeremiah y dos mayor que yo. Tenía el pelo de un castaño oscuro, que lucía en una media melena estilizada, y era muy menuda. Estaba, en opinión de cualquier chico, muy buena. Según Taylor, Jeremiah le gustaba. Le dije a Taylor que me daba igual, y lo dije en serio. ¿Por qué iba a importarme?

Claro que Jeremiah gustaba a las chicas. Era exactamente el tipo de hombre que les gustaba. Pero incluso una chica tan guapa como Lacie no tenía nada que hacer. Nuestra relación había tomado forma a lo largo de años y más

años. Yo lo conocía mejor que nadie, igual que él a mí, y sabía que Jere nunca se fijaría en otra.

Jeremiah me vio y me hizo un gesto para que me acercase. Fui hasta ellos y saludé a Lacie.

—Hola —respondió.

Arrimándome a él, Jeremiah comentó:

—Lacie se marcha a estudiar a París en otoño.

A Lacie le explicó:

—Nosotros queremos viajar por Europa en plan mochilero el próximo verano.

Sorbiendo su cerveza, Lacie comentó:

—Qué guay. ¿Por qué países?

—Francia seguro —prosiguió Jeremiah—. Belly habla un francés muy fluido.

—No es verdad —aclaré, azorada—. Sólo tengo un nivel muy básico.

—Yo también soy terrible. Sólo quiero ir para comer montones de queso y chocolate.

Tenía una voz sorprendentemente ronca para ser tan diminuta. Me pregunté si fumaría. Me sonrió y pensé que Taylor se equivocaba con ella, era una chica simpática.

Cuando se marchó a por una bebida unos minutos después, comenté:

—Es maja.

Jeremiah se encogió de hombros y respondió:

—Sí, me cae bien. ¿Quieres algo de beber?

—Vale —contesté.

Me tomó por los hombros y me condujo hasta el sofá.

—Quédate aquí sentada. No muevas ni un músculo. Vuelvo en seguida.

Lo estuve observando mientras se abría paso entre el

gentío, orgullosa de que fuese mío. Mi novio, mi Jeremiah. El primer chico junto al que había dormido. El primero al que le había hablado sobre el día en que sorprendí por accidente a mis padres haciéndolo. El primero en salir a comprarme ibuprofeno para aliviar mis dolores menstruales, el primero en pintarme las uñas de los pies, en sujetarme el pelo mientras vomitaba una vez que me emborraché delante de sus amigos, el primero en escribirme una nota romántica en la pizarra que colgaba de la puerta de mi habitación.

Eres la leche de mi batido, por siempre jamás, con amor, J.

Fue el primer chico al que besé. Era mi mejor amigo. Cada vez lo comprendía mejor. Así era como tenía que ser. Él era el único para mí.

Capítulo cuatro

Ocurrió esa misma noche un poco más tarde.

Estábamos bailando. Tenía los brazos alrededor del cuello de Jeremiah y la música sonaba a todo trapo. Me notaba excitada y acalorada, tanto por el baile como por la bebida. La habitación estaba a reventar de gente, pero cuando Jeremiah me miraba, no había nadie más. Solamente él y yo.

Alargó la mano y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Dijo algo que no oí.

—¿Cómo?! —grité.

—¡No te cortes nunca el pelo, ¿vale?! —chilló.

—¡Tengo que hacerlo! Si no me parecería a... a una bruja.

Jeremiah se tocó la oreja y dijo:

—¡No te oigo!

—¡Bruja!

Me sacudí el pelo delante de la cara para darle énfasis a mi comentario e imité a una bruja revolviendo un caldero con una risa malvada.

—Me gustas de bruja —me dijo al oído—. ¿Qué tal si sólo te cortas las puntas?

—¡Prometo no cortarme el pelo si tú te olvidas de lo de la barba! —chillé.

Llevaba hablando de dejarse barba desde Acción de Gracias, cuando algunos de sus amigos del instituto celebraron un concurso para ver quién se la dejaba más larga. Le dije que de ninguna manera, me recordaría demasiado a mi padre.

—Lo tendré en cuenta —dijo, y me besó.

Sabía a cerveza y seguramente yo también.

Entonces Tom, el compañero de hermandad de Jeremiah (también conocido como Redbird por razones que desconocía) nos vio y cargó contra Jeremiah como un toro. Iba en ropa interior y llevaba una botella de agua. Y no eran *boxers*, eran *slips* blancos y ajustados.

—¡Separaos! ¡Separaos! —gritó.

Empezaron a hacer el tonto y cuando Jeremiah consiguió inmovilizar a Tom agarrándolo del cuello, Tom derramó la botella de agua llena de cerveza encima de mí y del vestido de Anika.

—Perdón, perdón —farfulló. Cuando Tom estaba muy borracho, lo repetía todo dos veces.

—No pasa nada —dije yo, escurriendo la falda y evitando dirigir la mirada hacia la mitad inferior de su cuerpo.

Fui al baño a limpiarme el vestido, pero había cola, así que me dirigí a la cocina. Había gente tomando chupitos sobre la mesa de la cocina; Luke, otro compañero de la hermandad de Jeremiah, estaba lamiendo sal del ombligo de una pelirroja.

—Hola, Isabel —dijo, levantando la mirada.

—Mmm, hola, Luke —respondí. Entonces vi a una chica vomitando en el fregadero y me marché como una exhalación.

Subí al baño de arriba. En lo alto de la escalera, me abrí paso junto a dos que se estaban dando el lote y le pisé la mano al chico por accidente.

—Lo siento mucho —dije, pero no pareció darse cuenta, ya que tenía la otra mano bajo la camisa de la chica.

Cuando llegué al baño por fin, cerré el pestillo y solté un suspiro de alivio. La fiesta estaba siendo más salvaje de lo habitual. Supuse que con el fin de curso y los exámenes acabados la gente se estaba soltando. Me alegré de que Anika no hubiese podido venir, todo aquello no era de su estilo. Ni tampoco del mío.

Froté la mancha con un poco de jabón líquido y crucé los dedos con la esperanza de que el vestido no quedase manchado. No estaba prestando atención a lo que se decía a mi alrededor hasta que oí la voz de Lacie:

—Está guapísimo esta noche, ¿verdad?

Otra voz contestó:

—Siempre está guapo.

—Ay, sí, por Dios— contestó ella arrastrando la palabras.

La otra chica comentó:

—Me muero de envidia cuando pienso que te enrollaste con él.

Con voz cantarina, Lacie respondió:

—Lo que pasa en Cabo, se queda en Cabo.

De repente me sentí mareada. Me apoyé de espaldas contra la puerta del baño para recobrar el equilibrio. No podía estar hablando de Jeremiah. Imposible.

Alguien aporreó la puerta y me incorporé sobresaltada.

La abrí sin pensar. Al verme, Lacie se tapó la boca con la mano. La expresión de su rostro fue como un puñetazo en el estómago. Sentí un dolor físico. Oía la respiración jadeante de la chica, pero todo se me antojaba muy lejano. Me sentí como si caminase sonámbula al pasar junto a ellas y al cruzar el pasillo.

No podía creerlo. No podía ser verdad. No con mi Jere.

Fui a su habitación y cerré la puerta con llave. Me senté en su cama, con las rodillas abrazadas contra el pecho, repasándolo todo en mi cabeza. «Lo que pasa en Cabo, se queda en Cabo.» La expresión de Lacie, el grito ahogado de su amiga. Todo se repetía una y otra vez en mi cabeza como si fuese una película, una vez tras otra. Los dos charlando un rato antes. Su manera de encogerse de hombros cuando le dije que era maja.

Tenía que asegurarme. Tenía que oírlo por boca del propio Jeremiah.

Salí de la habitación y fui a buscarlo. Mientras lo hacía, empecé a notar cómo la sorpresa se convertía en rabia. Me abrí paso entre la multitud.

—¡Eh! —masculló una chica borracha cuando la pisé, pero no me detuve a disculparme.

Finalmente, lo encontré de pie bebiendo cerveza con sus compañeros. Desde el umbral de la puerta, le dije:

—Tengo que hablar contigo.

—Un segundo, Bells —respondió él.

—No. Ahora.

Los otros se partían de risa y empezaron a decir cosas como:

—Uy, alguien se ha metido en un lío.

—Cuidado con el látigo, Fisher.

Yo seguía esperando.

Jeremiah debió de notar algo en mi mirada porque me siguió adentro, escaleras arriba, hasta su habitación. Cerré la puerta a mis espaldas.

—¿Qué pasa? —me preguntó con cara de preocupación.

Prácticamente escupí las palabras:

—¿Te enrollaste con Lacie Barone durante las vacaciones de primavera?

Jeremiah se puso blanco.

—¿Qué?

—¿Te enrollaste con ella?

—Belly...

—Lo sabía —susurré—. Lo sabía.

Aunque no lo sabía, no de verdad. No sabía nada.

—Espera un momento, espera.

—¡¿Que espere?! —chillé—. Dios mío, Jere. Oh, Dios mío. Me hundí hasta el suelo. Las piernas ya no me sostenían.

Jeremiah se arrodilló a mi lado e intentó ayudarme a ponerme de pie. Lo aparté de un manotazo.

—¡No me toques!

Se sentó a mi lado, con la cabeza suspendida entre las rodillas.

—Belly, fue cuando decidimos tomarnos un tiempo. Cuando rompimos.

Me quedé mirándolo fijamente.

Nuestra supuesta ruptura había durado una semana escasa. Ni siquiera había sido una ruptura de verdad, al menos no para mí. Siempre di por hecho que volveríamos.

Me pasé toda la semana llorando y, mientras tanto, él estaba en Cabo besando a Lacie Barone.

—¡Sabías perfectamente que no habíamos roto de verdad! ¡Sabías que no iba en serio!

—¿Cómo iba a saberlo? —contestó abatido.

—¡Si yo lo sabía, tú también podías saberlo!

Tragó saliva, la nuez se le balanceó arriba y abajo.

—Lacie me estuvo persiguiendo toda la semana. No me dejaba en paz. No quería enrollarme con ella, te lo juro. Ocurrió y ya está.

Se le fue apagando la voz.

Me sentía sucia con sólo oírlo. Asqueada. No quería pensar en ellos dos juntos. No quería ni imaginármelos.

—Cállate —dije yo—. No quiero oírlo.

—Fue un error.

—¿Un error? ¿A eso lo llamas un error? Un error fue cuando te olvidaste mis chanclas en la ducha y se pusieron mohosas y tuve que tirarlas. Eso es un error, imbécil.

Rompí a llorar.

No dijo nada. Permaneció allí sentado, con la cabeza aún colgada.

—Ya no sé ni quién eres.

Se me revolvió el estómago.

—Creo que voy a vomitar.

Jeremiah puso la papelera junto a la cama y vomité entre llantos y arcadas. Intentó acariciarme la espalda, pero me aparté de él.

—No me toques —farfullé, limpiándome la boca con el antebrazo.

No tenía sentido. Nada lo tenía. Ése no era el Jeremiah que yo conocía. Mi Jeremiah nunca me lastimaría de esa

manera. Ni siquiera miraría a otra chica. Mi Jeremiah era sincero y fuerte y seguro. No sabía quién era esa otra persona que tenía junto a mí.

—Lo siento. Lo siento mucho —dijo él.

Ahora Jeremiah también lloraba. «Bien —pensé—. Sufre como me has hecho sufrir a mí.»

—Quiero ser completamente honesto contigo, Belly. No habrá más secretos.

Esta vez se desmoronó de verdad, y empezó a sollozar con fuerza.

Me quedé completamente paralizada.

—Nos acostamos juntos.

Antes de darme cuenta, noté mi mano golpeándole la cara. Lo abofeteé con todas mis fuerzas. Ni siquiera lo pensé, simplemente lo hice. Mi mano izquierda dejó una mancha roja en su mejilla derecha.

Nos miramos el uno al otro. No podía creer que le hubiese golpeado y él tampoco. La sorpresa empezaba a registrarse en su rostro y seguramente también en el mío. Nunca antes había pegado a nadie.

Fregándose la mejilla, repitió:

—Lo siento muchísimo.

Lloré con más fuerza. Los había imaginado enrollándose, pegándose el lote. Pero ni siquiera había considerado el sexo. Era una idiota.

—No significó nada, te juro que no.

Intentó tocarme el brazo y me estremecí.

—Puede que el sexo no signifique nada para ti. Pero para mí sí, y lo sabes. Lo has echado todo a perder, nunca más volveré a confiar en ti —dije secándome las mejillas.

Intentó abrazarme, pero lo aparté de un empujón.

—Ya te lo hecho dicho, lo de Lacie no significó nada —protestó, desesperado.

—Significa algo para mí. Y está claro que para ella también.

—¡No estoy enamorado de ella! —exclamó—. ¡Te quiero a ti!

Jeremiah se arrastró a gatas hasta donde yo estaba. Me rodeó las rodillas con los brazos.

—No te vayas —imploró—. No te vayas, por favor.

Intenté sacudírmelo de encima, pero tenía mucha fuerza. Se aferró a mí como si yo fuese una balsa y estuviese perdido en el mar.

—Te quiero tanto —dijo; todo el cuerpo le temblaba—. Siempre has sido tú, Belly.

Deseaba seguir gritando y llorando y encontrar una forma de arreglarlo, pero no la había. Mirando a Jeremiah desde arriba, me sentí como si estuviese hecha de piedra. Nunca antes me había fallado. Y ahora que lo había hecho resultó mucho más duro porque no lo había visto venir. Costaba creer que solamente unas horas antes me estuviera llevando a caballito por el campus y yo creyese quererlo más que nunca.

—No podemos hacer nada para arreglarlo —respondí, y lo hice para herirlo—. Lo que teníamos se ha roto. Ha desaparecido. Lo hemos perdido esta noche.

—Claro que podemos. Sé que podemos —insistió con desesperación.

Sacudí la cabeza. Las lágrimas habían vuelto, pero no quería seguir llorando, no delante de él. Ni con él. No quería sentirme triste. No quería sentir nada. Volví a secarme la cara y me puse de pie.



—Me voy.

Se levantó con paso vacilante.

—¡Espera!

Lo empujé a un lado y cogí mi bolso de la cama. Al poco, estaba cruzando la puerta, corriendo escaleras abajo y saliendo por la puerta. Corrí hasta la parada del autobús con el bolso golpeándome la espalda y los tacones golpeando contra el pavimento. Estuve a punto de tropezar y caer de bruces, pero llegué a tiempo. Tomé el autobús justo cuando se subía el último pasajero y nos pusimos en marcha. No miré atrás para comprobar si Jeremiah me había seguido.

Mi compañera de habitación, Jillian, se había marchado a pasar el verano a casa ese mismo día, así que tenía la habitación para mí sola y podía llorar sin testigos. Jeremiah no paraba de llamar y de enviarme mensajes, de modo que apagué el teléfono. Pero antes de irme a dormir, volví a encenderlo para ver lo que había escrito.

Estoy tan avergonzado de mí mismo.

Habla conmigo, por favor.

Te quiero y siempre te querré.

Rompí a llorar otra vez.